

comprender que el peligro de parte del emperador contra el cual hasta ese momento habían creído necesario defenderse sólo, los amenazaba en realidad desde Francia. Y en amplios círculos se despertó la comprensión de lo que estaba ocurriendo.

Por primera vez, después de mucho tiempo, se encuentra nuevamente, en estos días, un hábito de sentimiento nacional en Alemania. Las violencias francesas llevaron al país a una conciencia exacta de la situación. El deseo de ponerle fin fué muy vivo y reclamó la acción. Poco faltó para que se declarara la guerra. Pero las cartas del juego de Luis fueron más fuertes. La oposición de algunos príncipes dirigentes, sobre todo de Brandeburgo, que había sido ganado a la causa de Francia, malogró todo el movimiento. Además ahora sirvió una carta de triunfo más fuerte: los turcos marcharon sobre Viena (1683). Este peligro fué desviado por un esfuerzo extremo; la victoria del duque de Lorena en Kahlenberg (el Monte Calvo) libertó a la ciudad de Viena y dejó despejado por el momento el frente oriental. Pero ni las fuerzas ni el valor alcanzaban para el golpe contra el oeste. En Viena se resolvió ceder a Estrasburgo y Alsacia. En 1684 se concertó con Francia un armisticio por veinte años, por el que se le dejó cuanto había tomado. En cambio el emperador dirigió en los años siguientes todas sus fuerzas contra los turcos. Hasta 1686 fué conquistada toda Hungría, luego se atravesó el Danubio y en 1688 cayó Belgrado. Estaba abierto el camino a los Balcanes.

Para Luis XIV esto fué un motivo más para atacar de nuevo. No podía tolerar que Turquía, su aliada natural, hubiese sido puesta completamente fuera de combate; por lo menos debía asegurarse su botín. La guerra que inició

nuevamente en 1688, tenía como meta la conquista del Palatinado.

Erró el blanco. Tuvo que vérselas no con una Alemania nominal sino con Alemania íntegra. Sus aliados alemanes se habían alejado. La brutal e hipócrita anexión de Alsacia y el robo de Estrasburgo, no se habían olvidado. A muchos había ahuyentado la alianza de Luis con Turquía; otros motivos —especialmente la expulsión de los hugonotes— se agregaron a eso. En la guerra por el Palatinado (1688-97) tuvo por primera vez a toda Alemania en su contra, mientras que simultáneamente se le enfrentó una coalición europea, con Inglaterra a la cabeza.

Francia no estaba preparada para tanto. No se hallaba en condiciones de vencer al mismo tiempo en Bélgica, en el Rin, en la Italia superior y hasta en el mar. Sin embargo, Alemania no ganó mucho con eso. La restitución de Lorena no representaba una gran ganancia, si Alsacia seguía siendo francesa. Y hubiera sido muy posible reconquistarla en esta oportunidad. No ocurrió así porque en Viena se asumió por segunda vez una orientación hacia el este en lugar del oeste. Los turcos habían atacado de nuevo; en 1690 habían reconquistado a Belgrado, y, al comprender que no tenía fuerzas suficientes para una victoria en los dos frentes, el emperador se decidió por el oriental y abandonó el occidental. Para consolidar a Hungría fué sacrificada Alsacia; la finalidad fué alcanzada. La victoria del príncipe Eugenio de Saboya en Zenta, en el año 1697, puso fin al peligro turco; la paz de Karlovci, en 1699, entregó definitivamente toda Hungría a Austria; el frente oriental estaba libre y seguro. En cambio el frente del oeste había sido abandonado.

Tal decisión la habían tomado los consejeros del emperador con plena conciencia. En las negociaciones prece-

dentes a la resolución decisiva, el mariscal del Reich, margrave Luis Guillermo de Baden, expresó este memorable juicio sobre la importancia de Estrasburgo: "Para Alemania, esta ciudad no sirve más que como garantía permanente de paz; para Francia, en cambio, es una puerta bélica siempre abierta, por donde puede irrumpir en el campo llano cuantas veces se le ocurra. Nada es más evidente que Francia, mientras evita con subterfugios la devolución de Estrasburgo, no quiere ser desposeída del medio principal, por el que puede sorprender a su capricho a Alemania y a todo el Reich". Sin embargo, es comprensible que, a pesar de ello, se resolviera en Viena a renunciar a esa ciudad. Para el emperador, soberano territorial de Austria, el peligro oriental era en ese momento el más inmediato y amenazador; mientras existiera, también en el oeste, cualquier despliegue de fuerzas, tenía que quedar paralizado, y, finalmente, podía cosecharse en Hungría una ganancia más valiosa, con la que no podía compararse la reconquista del antiguo pequeño territorio de su casa en Alsacia. El emperador juzgaba como señor territorial y a él le ceñía más de cerca la camisa húngara que la chaqueta alsaciana. Así quedaron en poder de Francia, Estrasburgo y Alsacia.

Gran parte del pueblo alemán compartió este criterio. Las guerras contra los turcos se consideraron ampliamente como tarea nacional, mucho más que las luchas contra Francia; las victorias del "Luis de los turcos" y del príncipe Eugenio sacudían muy vivamente los ánimos. Constituían las proezas de la nación. Se hallaba en ellas, cierta compensación por el papel poco brillante a cuyo desempeño se estaba condenado en el oeste.

Una vez más se presentó la ocasión de recuperar lo perdido. En 1700 había ocurrido el tan esperado aconteci-



*Eugenio de Saboya*

EUGENIO DE SABOYA  
Mariscal del Reich

Aseguró por sus victorias la posición de Austria como gran potencia.  
*Oleo atribuido a Matthäus von Merian.*

(Buenos Aires, colección particular)

miento de la sucesión española <sup>(1)</sup>; en 1701 estalló por su causa la guerra europea llamada "guerra de la sucesión de España". Debe interesarnos aun menos que las precedentes por cuanto no afectaba de inmediato a Alemania. En esta contienda no se trataba, ni de un interés alemán, ni de una amenaza o ataque a Alemania. Pero el hecho de que Carlos de Habsburgo, que pretendía la corona española, fuera hijo del emperador alemán y, más tarde (1711), después de la muerte de su hermano, el emperador José I, llegara a ser emperador alemán con el nombre de Carlos VI; y además la otra circunstancia de que el elector de Baviera, por antigua oposición contra los Habsburgo, se prestara a ser aliado de Francia, complicaron también a Alemania en la guerra. La tercera circunstancia, de ser los franceses dueños de Estrasburgo, convirtió a la Alemania meridional en escenario de la guerra durante su primera fase. Con un ataque concéntrico contra Austria, por un lado desde el alto Rin por Baviera, por el otro desde la Italia superior a través del Tirol, Francia quiso lograr la decisión. El plan fracasó por la derrota de los franceses en Höchstädt y Blindheim en 1704. Con ello la guerra quedó ahuyentada del suelo alemán, y hasta se podía pensar con toda seriedad en la reconquista de lo perdido anteriormente. En 1709 la situación hizo que el mismo Luis XIV, desilusionado

---

(1) Carlos II, el último monarca español de la dinastía de los Habsburgo, fallecido sin haber tenido hijos, dejó, por testamento, el trono al príncipe de la casa de Borbón, Felipe de Anjou (que reinó bajo el título de Felipe V) nieto de Luis XIV y de una hermana de Carlos II.

Inglaterra, celosa de la preponderancia francesa, alentó las pretensiones al trono español del archiduque Carlos de Austria, hijo del emperador Leopoldo, provocando así la conflagración europea y trece años de terrible guerra civil en España, desgraciada circunstancia que aprovecharon los ingleses para apoderarse definitivamente de Gibraltar, y, entre otras posesiones hispanas que luego tuvieron que devolver, de las islas Malvinas. (N. del T.)

por la permanente mala suerte en los campos de batalla, ofreciera la devolución de Estrasburgo. Fué entonces el exceso de las exigencias imperiales —tropas francesas debían colaborar en someter España a los Habsburgo—, lo que frustró la paz, y se perdió irremediamente la ocasión más favorable, por cuanto en los años subsiguientes sobrevinieron una completa modificación en la situación política de Europa y el derrumbe de la coalición.

La paz de Rastatt, en 1714, asentó en el haber del emperador un hermoso beneficio: Bélgica, Milán y Nápoles. Sólo por este tratado de paz Austria se convirtió, de territorio alemán vinculado al título imperial y de apéndice dinástico de España, en gran potencia europea. La paz concertada seis meses más tarde por el Reich alemán en Baden-Baden —emperador y Reich ya ni siquiera actuaban juntos— dejó a Alemania sin la menor indemnización por todos los sacrificios hechos por ella, y hasta le impuso una nueva renuncia: la fortaleza de Landau pasó a Francia y continuó siendo francesa durante cien años.

Si se considera la época de Luis XIV desde el punto de vista alemán y se investiga su utilidad para Alemania, la respuesta es la siguiente: el predominio francés sobre Alemania se consolida por el raptó de Alsacia. Fallaron todos los esfuerzos para reparar esta situación. Pero también, a la inversa: fracasó por igual la aspiración francesa al dominio completo del Reich y la conquista de la frontera del Rin. Exteriormente, Alemania afirmó su independencia; no llegó a ser directamente vasalla de Francia.

Esta situación fué admitida en sus trazos generales. La resistencia casi unánime que se observó en un primer momento se disolvió poco a poco. La declinación de la potencia francesa en la guerra de sucesión de España,

indujo a considerar menor el peligro que amagaba en occidente. No mediaba ya motivo para oponerse siempre a Francia. Si en un período posterior, el recuerdo de la guerra de rapiña y de la repetida devastación del Palatinado influyó en el pueblo como fermento de permanente enemistad contra Francia, no se nota mucho de esto en los tiempos que siguieron a Luis XIV. No produjo en todo caso consecuencias políticas. Más aún, Francia recupera entonces, poco a poco, una gran parte de su anterior influencia sobre los estados alemanes, que había perdido bajo el reinado de Luis por el violento proceder de éste. La elevación de la casa imperial a gran potencia europea, volvió a despertar también las viejas preocupaciones de que un emperador demasiado poderoso podía constituir un peligro para la independencia de los estados territoriales. ¿Y no es lo más natural que éstos buscaran de nuevo protección donde sus predecesores la habían hallado en la guerra de los treinta años? Así vuelve Francia a tener en el Reich un séquito con que combatir la influencia austríaca y tener en jaque al emperador. Las diferencias de las potencias mundiales repercuten sobre Alemania. Como en el exterior se enfrentan por un lado Francia y por el otro Inglaterra y Austria, entre las casas de príncipes alemanes hay un bando francés que se enfrenta contra uno anglo-austríaco, y cualquier guerra europea, cualquier conflicto de intereses de las grandes potencias fuera de Alemania, puede llevar de inmediato a una guerra civil alemana. Se eternizaba la situación iniciada durante la guerra de los treinta años, por la que Alemania se convirtió en tablero de ajedrez sobre el cual las grandes potencias jugaban sus partidas.

Esto se agravaba por el hecho de que buen número de príncipes territoriales alemanes eran simultáneamente soberanos en el extranjero. El rey de Suecia era príncipe

territorial alemán; el elector de Sajonia obtuvo en 1697 la corona polaca, y una rama de la casa de los Güelfos, la de Hannover, ascendió en 1714 al trono inglés. Mientras que el exterior se enquistaba en Alemania, crecen algunas dinastías alemanas hacia fuera del Reich, y más que todas las otras, naturalmente, la casa imperial, que por sus posesiones en Hungría, Bélgica e Italia, resulta más bien una potencia europea que alemana.

La época de Luis XIV produjo en el este un cambio profundo. La amenaza de los turcos había desaparecido gracias a que Hungría fué conquistada por Austria. Antes que Turquía, se había derrumbado la gran potencia polaco-letona. Tampoco por este lado amenazaba ya nube alguna. Pero el peligro del doble frente no está eliminado, sino que asume un aspecto nuevo y mucho más serio. Rusia ha tomado el lugar de Polonia.

Contemporáneamente con la guerra de sucesión de España, la segunda guerra nórdica (1700-1721) alteró por completo la configuración de las cosas en oriente. La gran potencia de Suecia, sin arraigo, había caído derrotada en el campo de batalla de Poltava, en 1709; desapareció casi totalmente también del Reich alemán; solamente Rügen, Stralsund y Greifswald recordaron todavía por mucho tiempo que ese país había ocupado temporariamente la parte mejor de Pomerania. Quedaron libres así las desembocaduras del Oder y del Weser. Pero ¡a qué precio! Estonia y Livonia fueron botín de Rusia; se había fundado San Petersburgo, y el Báltico pertenecía ahora a los rusos, una potencia de tan enorme extensión y de tan incalculables posibilidades de evolución como Europa no había visto nunca hasta entonces.

También esta lucha se libró en parte sobre suelo alemán. La circunstancia de ser el rey de Suecia dueño de la

Pomerania citerior, y el rey de Polonia a la vez elector de Sajonia, llevó finalmente a los ejércitos rusos hasta Pomerania, Mecklenburgo y Holstein, y poco faltó para que se quedaran allí. Pedro el Grande pensó muy seriamente en la conquista de Prusia o de Pomerania y Mecklenburgo; la costa sur del Báltico fué por un tiempo la meta de sus deseos. No lo logró; sin embargo, quedó un rastro permanente de esas aspiraciones en forma de una clientela rusa, que el zar se había creado en Mecklenburgo y Holstein por medio de casamientos.

Al lado de un bando francés y de uno anglo-austríaco, se agregó, también poco a poco, en el Reich, uno ruso. Alemania fué destrozada diplomáticamente por los vecinos. Y fué todavía una suerte que entre Francia y Rusia surgiera un conflicto insalvable de intereses en el problema turco. Mientras Francia cuidaba sus antiguas vinculaciones con Constantinopla, a favor de sus relaciones comerciales en el levante, Rusia aspiraba al dominio de los estrechos. Si no hubiera existido esta divergencia, París y San Petersburgo se hubieran podido dar la mano ya en el siglo XVIII y los destinos de Alemania hubieran tomado seguramente un giro completamente diferente.

Lo que desde mucho antes amenazaba como última posibilidad fué siempre el mismo peligro originado por la situación geográfica del país: el de una repartición entre los vecinos más fuertes. Si un día cesaba el conflicto de intereses ruso-francés en el oriente, o, por lo menos, disminuía y se unían ambas potencias, poco se hubiera opuesto a sus avances desde el oeste y el este. Los estados alemanes, tales como eran en el siglo XVIII, no se hallaban en situación de defenderse por sus propias fuerzas contra un reparto. Entonces podía Francia extenderse hasta el Rin, Rusia hasta el Elba, y lo que quedara de Alemania no

sería más que un pequeño estado paragolpes, una Suiza algo mayor, pero sin su firme consistencia interna; tal vez bajo el protectorado inglés, tal vez la mitad meridional bajo uno francés y la septentrional bajo la influencia inglesa o rusa. Y con el tiempo se hubiera podido llegar más lejos, hasta que también este estado intermedio fuera reparado. Se borraba en todo caso a la nación alemana como fuerza independiente y cooperante en la vida de los pueblos.

En realidad todo ocurrió de manera completamente distinta. Un buen día, Alemania liquidó totalmente su pasado, echó por la borda todas las viejas tradiciones, y rompiendo conscientemente con éstas, en oposición diametral a todo lo heredado y existente, halló la vía hacia la unidad del estado y hacia la posición de gran potencia.

Si esto debía suceder, se necesitaba evidentemente una transformación radical. Una política conservadora que tratara de mantener y desarrollar lo que existía en la vida del estado y se aferrara a las bases del derecho histórico, podía conducir en ese momento, tal como se presentó la situación, sólo a la disolución y a la desaparición de la nación. Para impedirlo, era necesario una revolución: debía destruirse lo existente; el Reich debía ser disuelto totalmente y sobre sus escombros y por medio de ellos debía crearse algo nuevo. Esto ha ocurrido, y sucedió así por obra del estado prusiano.

## CAPÍTULO DÉCIMO

La formación del estado prusiano — La conquista de Silesia — El dualismo en el Reich — El mérito de Federico el Grande — Prusia estado militar — El predominio ruso — Prusia después de Federico el Grande — El emperador José II — La convención de Reichenbach — La guerra contra Francia — La paz de Basilea — La disolución del Reich — La caída de Prusia.

Entre los estados territoriales alemanes, constituídos al acaso por derecho de herencia y de conquista, Brandeburgo-Prusia es tal vez la formación menos natural. Nació porque el elector de Brandeburgo heredó en 1618 a la extinta línea colateral de su casa, que desde 1525, como duques de Prusia, gobernaban bajo la soberanía polaca, los restos del antiguo estado de la Orden Teutónica. A ellos se agregó en 1648 la herencia de Pomerania, de la que, por cierto, pudo tomarse posesión inmediata sólo en la parte menos valiosa: la Pomerania ulterior, por cuanto Suecia, por la paz de Westfalia, conservaba la Pomerania citerior. Otra sucesión, había aportado, en 1614, la posesión de un territorio sobre el Rin, Cléveris, Marca y Ravensberg.

A estos miembros dispersos —*membra disjecta*— infundió un alma, en los años críticos después de 1648, un gobernante de talla: el elector Federico Guillermo. Severa y cuidadosa administración, altas metas, audacia prudente, crecer o perecer, pareció ser el lema de este nuevo estado, solución impuesta ya por su misma extraña compo-